

# LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

## MEMORIAL

que los discípulos del doctor don Antonio Ventura Cordo, (del orden de la Merced, y catedrático de teología) van á dirigir á la Real Academia Española.

SEÑORES:

Nosotros, discípulos de teología en la floritísima universidad literaria de Sevilla, hemos escuchado el día 2 de octubre con el contento que vuestras señorías se pueden figurar, el discurso que en la apertura de este establecimiento pronunció el doctor don Antonio Ventura Cordo, presbítero regular del orden de la Merced, nuestro maestro.

Deseando tributar al doctor Cordo una prueba de la afición que tenemos á su elocuencia, pedimos á vuestras señorías que se dignen abrirle las puertas de la Real Academia Española, (ó que manden á un gallego que las abra, si vuestras señorías no quieren tomarse esa molestia) y darle la entrada y el asiento entre vuestras personas, y á mas á mas permitirle que hable en las cuestiones de lengua castellana; que bien será menester ahora que la infeliz va de rota batida, camino de la tumba, y ásperamente maltratada por las plumas de indoctos escritorzuelos.

*Los méritos de Cordo para tanto honor y para gloria tanta se encuentran en su citado discurso. Y con perdon de vuestras señorías (que harto necesita de perdon nuestro atrevimiento) vamos á trasladar aquí algunos pasajes de esa admirable obrita, en la persuasión de que vuestras señorías perecerán ó se pondrán á punto de perecer de risa, ocasionada por el júbilo que en el ánimo engendran los pensamientos de nuestro catedrático de teología.*

*Para espresar los conceptos elegantemente no hay cosa como los versos: ellos con la cadencia y suavidad de sus rímenes hacen mas agradable á los oídos las oraciones. De forma, que quien escriba en verso los discursos que debieran estar en prosa, tiene mayor mérito á los ojos de los críticos desapasionados. Pues si esto es así, ¿quién ha inventado, á escepcion del señor Cordo, el arte de engalanar la elocuencia castellana, llenando de consonantes los periodos de las obras prosdicas?*

*«Ahí están las iglesias catedrales (dice nuestro maestro) colegiales y parroquiales: los tribunales superiores é inferiores, las sillas ministeriales, &c.»*

*Y ahí están (decimos nosotros) tantos consonantes en ales, que truecan en verso la prosa del amigo Cordo, y que la califican incontinentemente, de excelente ante la gente prudente y eminente en las ciencias, por mas que*

la turba insolente que sienta las glorias ajenas locamente, clame contra el valiente estilo de nuestro catedrático.

No hay en verdad incompatibilidad entre la poesía y la teología (que justo es usar consonantes en la prosa, ya que el doctor Cordo nos ha mostrado con tino este camino.)

Bien sabe desvanecer con argumentos notabilísimos la falsa opinión de aquellos que (según él) afirman que «en la teología escolástica... se disputan la primacía mil cuestiones inútiles y vanas y la incorrección y barbarie del estilo y lenguaje con que son tratadas (palabras del señor Cordo, teólogo, en su citado discurso, donde no hay incorrección ni barbarie de ningún género.)»

¿En qué obra de los infelices tiempos que alcanzamos hay trozos de elocuencia tan dignos de risa y de memoria, cuan dignos de memoria y de risa son los siguientes?:

«Pero demos de barato por un momento que en esta importantísima magistratura no hubiese que fallar juxta allegata et probata, y que las pruebas de reglamento se hiciesen tan solamente pro forma, como el exámen sobre canto llano.» Los abogados «se iban enmoheciendo entre las antediluvianas fórmulas de una práctica rutinera.» Los ministros se encuentran «asediados día y noche en su casa y en el despacho y en todas partes y á todas horas por enjambres de pretendientes á todo á quienes no conocen personalmente, y por lo mismo tienen que conformarse vellint nollint con las recomendaciones de poderosos Mecenas.» Estas son «las facultades que abren las puertas del sancta sanctorum.» Me repugna encontrar licenciados y doctores empleados en funciones para las cuales no han menester de borlas ni de togas: tracten fabrilla fabri, les diría yo á los tales. No soy más explicito, porque intelligentibus pauca.»

Todas estas elegancias retóricas y castellanas piden con nosotros que su autor entre en la Academia de la lengua española, aunque no sea más que para barrer y limpiar

el polvo: puesto que en el habla ha barrido las expresiones más sublimes, y ha limpiado el polvo á los latinajos y refranes más graves, con el fin de formar de materiales tan hermosos el edificio de su discurso.

La comparacioncilla tiene gala;

y aunque lo diga yo no ha estado mala.

Más pedimos aún á la Academia. El doctor Cordo, aunque teólogo, entiende mucho en esto de ortografía. Conduca dice en vez de conducta: ecstrangeros en vez de extranjeros: ec-sacto en vez de esacto: ecstienda en vez de estienda y otras cosas á este tono.

También usa la frase reanimar el ánimo; que es como si digéramos esperar esperanza y comer comida: lo cual tiene mayor claridad para los lectores.

Con arreglo á estas reformas, dispongan vuestras señorías la impresión de un nuevo tratado ortográfico y otro diccionario de la lengua.

Esto piden á la Academia española los que abajo firman.

Sevilla á tantos del mes de octubre del año corriente de 1849.—Los discípulos del doctor Cordo, catedrático de teología en la Universidad de Sevilla.

---

## UN MÚSICO

### y un anticuario.

---

En Valencia acaba de suceder un lance graciosísimo entre un viejo fanático por la música, y un anticuario extravagante.

El aficionado á la ciencia de Orfeo no tenía de poeta la gracia que á muchos ha concedido el cielo en el presente siglo. Pero como

la industria todo lo vence, hé aquí que en cierta ocasión, queriendo festejar á una señora á quien amaba locamente, y juzgando que nada podia ser mas agradable á sus ojos que la composicion de unos versos, apeló al arbitrio de hurtar á un poeta antiguo algunos de los suyos, con los cuales apareció ante la gente vestido de las plumas del pavo real á semejanza de la corneja.

Publicó con su firma en un periódico literario la poesía mencionada; que era, si mal no recordamos, una glosa de aquella sabida redondilla:

Aprended, flores, de mí  
lo que va de ayer á hoy,  
que ayer maravilla fui  
y hoy sombra mia no soy.

Un anticuario que reside en Valencia, no bien averiguó el hurto, escribió un artículo para los periódicos de aquella ciudad, con el propósito de denunciar ante la execración pública á aquel ratero de los muertos; pues aun los muertos al cabo de cuatro siglos no están seguros de ser robados, como lo demuestra el suceso.

Decia nuestro iracundo anticuario en su artículo:

«El señor tal (que el nombre no hace al caso) ha usurpado esa glosa. ¡Venganza venga del cielo contra la causa de un hurto tan escandaloso! ¿Ese señor imagina que somos bobos y que no sabemos dónde están nuestras narices?»

Pero tal vez haya pasión por nuestra parte en el modo de considerar el hecho. El señor tal... podrá tener escrita desde el siglo XVI la mencionada glosa; puesto que ella es de autor incierto. En ese caso nada digo. Toda mi saña se reduce á darle un cumplido parabién por la larga vida que el cielo le ha concedido. Al mismo tiempo debemos alegrarnos de ver reproducidos en nuestra era los Matusalenes: fruta que ya no se cria con tanto dolor de nuestros corazones.»

Asustado el músico con esta filípica, buscó una letrilla de otro autor, escrita para un lance parecido y la publicó respondiendo con ella á su adversario.

Pasó esto y al cabo de dos ó tres dias topáronse los dos enemigos literarios en una imprenta donde estaban varios jóvenes de buen

humor, hablando de toros.

A propósito de toros (dijo el músico) hay por cierto casualidades en el mundo. Figúrense ustedes que yo escribí una glosa de la redondilla *aprended, flores, de mí*, y luego he sabido que es muy parecida á una que hizo no sé que poeta del tiempo del rey que rabió.

*Anticuario.*—Pero hombre, ¿está usted en su seso ó pretende que perdamos el poco que tenemos? Casualidad sería que en la composicion de usted hubiera dos, tres ó cuatro versos iguales á los del vate antiguo, mas que en toda la glosa no haya la menor diferencia, salvo algunas desdichadas correcciones, no cabe en lo posible; ni nuestro tragadero por la misericordia de Dios es tan grande que admita bolas de tan difícil digestión.

*Músico.*—Crea usted lo que quiera. La obra es mia y muy mia.

*Anticuario.*—¿Qué edad tiene usted?

*Músico.*—Sesenta y cuatro años.

*Anticuario.*—Entonces usted no puede haber escrito los versos; porque ha mas de tres siglos que fueron impresos en España.

*Músico.*—Pues, repito que son obra de mi alicion á las Musas.

*Anticuario.*—Yo presumo que he dado con la piedra de toque en esta cuestion. ¿Es usted pitagórico?

*Músico.*—¿Cómo pitagórico?

*Anticuario.*—¿Cree usted en la trasmigracion de las almas?

*Músico.*—Yo, no señor.

*Anticuario.*—Preguntaba esto; porque siguiendo usted la secta de Pitágoras, pudo muy bien su alma haber sido la de aquel poeta antiguo, haber pasado á la de un cernicalo, á la de un burro, á la de un hipopótamo, y al cabo haber venido á parar en el cuerpo de usted.

*Músico.*—En fin, amigo, dejemos á un lado las bromas. Si compongo yo versos ó nó, ahí está mi amigo don *Embrómalo-todo*, que ha visto los manuscritos de mis poesías inéditas.

*Don Embrómalo-todo.*—Es cierto, el señor tiene en ese género obras muy notables. Sirva de ejemplo la siguiente que me viene ahora á la memoria:

Ya llegó el amargo instante  
de mi dura despedida.  
pues ya anuncia mi partida

con su sonido el violon.

*Anticuuario.*—Hombre ¿es posible? ¿hasta en el cuerpo de Arriaza ha estado usted?

*Don Embrómalo-todo.*—

Mi amor á tus plantas sube  
lo mismo que vuela un ave.

*Anticuuario.*—Eso sí que es original. El subir un ave á los pies de una persona.

*Músico.*—Basta de burlas, señores. Yo nunca he hecho profesion de poeta. Tengo publicado un *metodo de música*, con el cual se buscan notas para componer óperas, walses y canciones hasta en los crujidos de las puertas, y en los chirridos del pescado que se frio. Yo he llevado hasta el último punto la filosofía de la música. Las puertas, las cocinas, los fogones, y las cazuelas, al hombre observador, al verdadero *diletanti* ofrecen tonos, ya suaves, ya ásperos para imitar en las notas musicales las quejas de los moribundos, el estruendo de las batallas, y los lamentos de aquellos á quienes Cupido con sus flechas ha atravesado los corazones. Desafío á todo el mundo á que encuentre plágios en mi obra.

*Anticuuario.*—Por mi parte me ofrezco á encontrarlos, siempre que usted se preste á cumplir las proposiciones que yo le haga.

*Músico.*—No tengo inconveniente.

*Anticuuario.*—Usted me facilitará todos los tratados de música mas notables que se han escrito.

*Músico.*—Los facilitaré con mucho gusto.

*Anticuuario.*—Y me pagará 16 duros cada dia que yo emplee en el trabajo de cotejar la obra de usted con las que han compuesto otros autores.

*Músico.*—Muy subido es el precio, amigo mio.

*Anticuuario.*—Poco me parece todavia para pagarme el exámen de una obra tan mala.

*Músico.*—¿Cómo mala? ¿Usted la ha visto acaso?

*Anticuuario.*—No señor; pero me hago el cargo.

Al llegar á estas palabras, el músico ya no fué señor de sí, y arremotiò al anticuario con el fin de saludarlo con una vuelta de mojonones. El otro se puso en defensa; pero la batalla no llegó á darse porque mediaron en el asunto varias potencias. La diplomacia siempre está pronta á trabajar en pró de la conservacion de la paz. Y justo es que ya que tan-

to hace en la política, que no olvide amansar ó desvanecer las luchas fratricidas que algunas veces se levantan entre la literatura y la música.

---

## INCONVENIENTES DE LA URBANIDAD.

---

Entre los hombres mas felices de la tierra, el mas feliz de todos es, á mi modo ver, el cuáker. Virtuoso sin fanatismo, y fiel observador de los deberes que le impone su religion, vive libre de cuidados y de las molestias de la sociedad. Acostumbrado el cuáker desde su infancia al lenguaje de la verdad, es franco y leal, buen amigo y mejor ciudadano; nunca oculta sus sentimientos con el barniz de estudiadas palabras y jamás para asegurar la sinceridad con que procedo ostenta esos ridiculos y falsos ofrecimientos que tanto abundan y tan poco se cumple entre nosotros. Enemigo de toda opresion en su persona, el cuákero viste sencilla y cómodamente, y amante de la libertad y franqueza familiar en el trato de las gentes, no se doblega al capricho de las prácticas tiránicas de cumplimientos, ceremonias y finezas que tan en boga andan en los dias que atravesamos, instituidas para engañarnos mútuamente, para robar el tiempo, y para fastidiar, aburrir y asosinar á los que no vemos obligados á seguir las so pena de ser tenidos por descortes, corriles, é insociables.

¡Felices una y mil veces hijos de Fox y de Penn que adictos á vuestras sencillas prácticas las observais con rigorosa exactitud! Para vosotros no hay magestades, no hay altezas, no hay eminencias, ni escelencias, ni señorías. Desde el mas humilde labriego al mas encopetado potentado, á todos indistintamente *tuteais*. No reconocéis dignidades en la tierra y á todos los hombres igualais, fundados en que el respeto acá en la tierra no se debe á ningun ser humano sino á la ley. Si todas vuestras prácticas me placen, una particularmente me encanta y me seduce, porque á mi ver está fundada en la propia conservacion y en el principio de *quár-*

*date que te guardare.* Hablo de la costumbre de no quitarnos el sombrero, que á mas de ser cómodo es higiénico. Oh! deslizo que los fundadores de vuestra secta fueron unos grandes hombres! La cabeza, parte principal del cuerpo humano, es la que debe resguardarse mas que ninguno otro miembro, porque *quando caput dolet cetera membra dolent*, y de la cabeza se originan la mayor parte de las enfermedades que afligen y destruyen nuestra frágil humanidad. ¡Cuántas y cuántas veces me hubiera evitado yo en el rigor del invierno algunas incómodas indisposiciones, resultado de no poderme mantener grande de España en bierto delante de ciertas gentes y de deberme quitar delante de otras el gorro ó el sombrero por la calle y hasta en mi propia casa! ¡Quién fuera cuakero, para verse libre de tales percances! ¡Maldita cortesía! ¡Malditos cumplimientos y finezas que no servís mas que para engendrar de cien mil enfermedades!... y no serian ustedes de lo que digo, lectores míos, que estoy mas que seguro que apenas se hallará uno entre ustedes que durante la húmeda y fria atmósfera del invierno, esa llamada urbanidad no les haya hecho guardar cama, ó cuando menos le haya acarreado una fuerte tos, que ni todas las aguas de salvado, de azulaitas y goma arabiga han podido vencer su rebelion hasta tocar á la templada estacion de primavera.

Para mí que padozco de jaqueca, la cortesía es mortífera, la urbanidad es homicida. Solo las personas mal llamadas groseras pueden vivir sanas y salvas en medio de los aires húmedos y frios del invierno. Pasan ustedes por la calle muy aprisa uno de los dias mas rigurosos de esta estacion y al ver á una señora conocida, se quitan el sombrero; de fijo que un golpe de aire que hiere la descubierta cabeza de ustedes les produce un resfriado cerebral. Pasa por su lado de ustedes una persona de distinción á la cual tratan, y sacando las narices de entre la chalma y el cuello del gaban hacen ustedes una inclinacion de cuerpo, ó un movimiento de pescuezo, deteniéndose un momento. Pues bien, esa inclinacion, si se hallan ustedes en una plaza ó en la esquina de una calle, es terrible, si á la sazón se deja sentir una corriente de aire, porque les vale á ustedes un fuerte dolor de espinazo ó la dislocacion de una vértebra; y ese movimiento de pescuezo

les ocasiona sin remedio una *torticolis*, una *empristetonos* ó una *epristetonos*.

Yo, que en punto á la comodidad soy cuakero, no me quito ya el sombrero por nadie de este mundo, especialmente hallándome en la calle desde el mes de noviembre hasta mediados de junio; me embalo dentro de mi forrado gaban con cuello en ristre y abrochado, hundo mi *petasus* hasta las orejas, me libro de incómodos sabañones en las narices, merced al calorcito de la chalina, caliéntome las manos con tupidos guantes de castor y resguardo mis pies de la humedad calzando impermeables botas armadas de plantillas de corcho colocadas sobre doble y gruesa suela. Apesar de tanto preservativo, de tanto *arropamiento*, en la calle me destituyo de la política y de la urbanidad. A nadie conozco ni quiero conocer en ella, porque un descubrimiento de caboza me costó quince dias de jaqueca en cierta ocasion, y en otra un saludo con su correspondiente *glisse* de pies, acarreóme un terrible resbalon, que haciéndome bambolear por un rato, dió con mi humanidad contra un guardaruedas, del que me levanté cojeando y con un chichon en la frente.

En casa tampoco se libra uno de los percances de la cortesía. Visita á ustedes algun prójimo cuya permanencia se prolonga mas de lo regular. ¡Bueno! Siguen conversando hasta que ustedes se ponen roncós á fuerza de hacerles esplicar el interlocutor ciertos pormenores de cierto asunto. ¡Tanto mejor! Viendo que la palabra les queda á ustedes embargada por esto contratiempo, el visitante toma el partido de retirarse. ¡Magnífico! ustedes lo acompañan hasta la puerta. Esto está muy puesto en el orden, si la persona es de cumplimiento, y mucho mas si le deben ustedes alguna consideracion. Sin embargo de que (como ya he dicho) ustedes no pueden apenas hablar, si la ronquera les ha dejado mudos, no empero sordos. Se hallan ustedes con la cabeza descubierta, entre dos puertas, en medio de una corriente de aire, y cogidos de un ojal de la bata por el pesado visitante, el cual les detiene en la posicion por el espacio de media hora, en el descanso de la escalera para decirles *solamente una palabra mas, é incomodarles por un minuto*. ¡Qué palabra! Ella formaría un libro en cuarto prolongado. ¡Y qué minuto? Indudablemente equivaldria al tiempo

que emplea la locomotiva del camino de hierro para ir desde esta ciudad á la de Mataró... Resultado del despido. Que ustedes entran en su habitacion completamente resfriados, para echarse en la cama, despues de no haber podido ochar á la calle, tan pronto como quisieran, al visitante secator.

¡De qué se ocupan los filántropos! Se ocupan de emancipar los negros, los cuales á buen seguro prefieren la esclavitud con el látigo de sus amos, á la mentida de ciertos isleños *gringos*. Ocupanse en tiempos de públicas calamidades, en asociarse para repartir entre la clase menesterosa sopas económicas, que se guardan empero bien de catar, para cerciorarse si el caldo de la beneficencia pública es gordo ó flaco... Hacian últimamente que se ocupaban en establecer la paz europea por medio de un congreso general, mientras que el estrépito de los cañonazos de los ejércitos beligerantes tenia oco en los disparos de las botellas de champagne que apuraban en opíparas mesas.

Éstas y otras cosas hacen los que quieren pasar por filántropos, y nadie entro ellos ha pensado en lo radicalmente mas esencial para la mísera humanidad. Nadie se ha acordado por asomo una vez siquiera que la cortesia, la urbanidad, ó la finura de esta llamada culta sociedad, es mas mortífera durante el rigor de los inviernos que todos los cóleras, mas contagiosa que la misma fiebre amarilla, y mas homicida que una legion de asesinos. Nadie de todos estos filántropos de la época ha escrito en el código higiénico de la humanidad este artículo 1.º y único: *Todas las muestras y otras señales exteriores de politica, quedan abolidas durante el invierno, bajo las penas desde su grado máximo de muerte, hasta su mínimo de una afeccion pectoral.*

¡Oh gentes filantrópicas! ¡bien mereceriais por semejante omision ser condenadas á una perpetua tos, alimentada por cuantas pastas pectorales se conocen hasta el dia, desde la antigua de malvavisco y de guimove, hasta las balsámicas y odoríferas que nos vienen confeccionadas de los laboratorios farmacéuticos de las márgenes del Loire, del Garona ó del Sena, incluso los gomosos jarabes de *Lamoroux* de tetilla de vaca y otros, y otros varios, que cada dia inventan los que *sábiamen-*

*mente especulan con la salud humana! Y por último, bien mereceriais que esta misma crónica tos estuviese adicionada por cuantas ronqueras el cielo regala al hombre para distraerle. Así os lo desea.*

---

## POESIA.

---

*Versos puestos en la última hoja de un album*

---

Empezar en la página primera  
capricho inútil de los hombres es;  
pues ha de ser del album la postrera,  
si se toman los libros al revés.

El primero que el album haya abierto  
pudo, al firmar, decir que lo empezó;  
pero nadie dirá con dicho cierto  
que pone fin adondo empiezo yo.

CAROLINA CORONADO.

---

---

## TEATRO PRINCIPAL.

---

Segun nos aseguran, parece que el Teatro Principal va á ser tomado por la presente temporada hasta el mes de junio, en la cantidad de 40.000 reales. Aun no se ha firmado la escritura, pero el negocio dicen que ya está hecho de palabra.

Tendremos, segun eso, la compañía lírica y dramática formada para el Teatro Principal de Sevilla. En la primera figuran la se-

ñora Catinari, prima donna de un mérito sobresaliente, la señora Brambilla, el señor Verger y el señor Sermattey, artistas muy conocidos y estimados del público gaditano.

En la segunda, la señora doña Josefa Valero y otros actores no menos notables, tienen el preferente lugar.

Creemos (según nos dicen) que la compañía lírica será quien abrirá las puertas del Teatro Principal en esa nueva temporada.

La *María de Padilla*, ópera de tanto mérito y tan bien ejecutada por la señora Brambilla y el señor Verger; el *Roberto el diablo*, sublime creación de Mayerbeer, puesta en escena con un lujo inusitado, tanto en las decoraciones, cuanto en el vestuario; *I Mesnadieri*, spartito nuevo en Cádiz, debido á la fecunda y vigorosa pluma de Verdi, y otras obras no menos notables, proporcionará á los *dilettanti* gaditanos muy buenos ratos. Con ellos seguramente se quitarán el amargor de la boca que les produjo la última compañía lírica, tan incompleta en sus partes y tan aficionada á repetir óperas que de puro sabidas merecían sin duda olvidarse.

La empresa mencionada (si son ciertos nuestros informes) se afana en buscar artistas y obras dignas del ilustrado público gaditano. Creemos que sus desvelos no serán desatendidos por éste.

---

## PIEZAS ANDALUZAS.

---

Muy conformes estamos con el señor don Eugenio Ochoa, folletínista de la *España*, en

todo lo que dice acerca de las últimas piezas andaluzas que se representan en nuestros teatros. Ellas son la afrenta de las provincias meridionales, á cuyos habitantes se ofende con falsas pinturas de su carácter y modo de vivir. Son la deshonor de la literatura española, injuria del buen gusto y de la moralidad; y en fin, una escuela para entontecer á la parte menos ilustrada de los públicos.

El señor Ochoa en su artículo hace honrosas escepciones de algunas piezas andaluzas: con cuyo parecer también estamos muy conformes.

Véanse sus palabras, que no podrán menos de ser atendidas por los hijos de Andalucía, tan groseramente calumniada por los autores de obras que merecían estar para siempre sepultadas en el polvo del olvido:

«El teatro de la Comedia ha adoptado, á mas del baile, la especialidad del género que se ha dado en llamar andaluz. ¡Pobre Andalucía y cómo te tratan en sus miserables rap-sodias esos impíos profanadores de tu nombre, símbolo de ingenio y de donaire, que ellos quieren convertir en compendio de todo lo mas grosero, y lo mas odioso y lo mas necio! Si las costumbres de tus hijos fueran, ¡oh hermosa Andalucía! las que tan torpemente nos pintan los poetas de la calle de las Urosas, sería preciso borrarle del mapa ó mirarle como una tierra maldita, una *Botany bay*, una de las riberas del Ponto Euxino en tiempo de Augusto, en vez de ser, como eres, la perla del mundo, el jardín de Europa y la gloria de España. El gracejo proverbial de las hijas del Bétis se convierte allí en el mas impúdico descoco; los andaluces son todos bandoleros, todos baladrones y desalmados. Este juicio podría formar de nuestras cuatro provincias del Mediodía el extranjero que no las conociese mas que por lo que se vé en el teatro de la Comedia.

¡Pues y sus chistes!... chistes tan traídos y llevados, gracias tan manoseadas que ya no hacen reír, sino llorar. Y dale con el *mo-so mi juncá*—y con el *chabat*—y el *mistó*—y

el *chachipé* y todos esos terminachos de cuya significacion nos quedamos en ayunas las nueve décimas partes de los espectadores, y que son á la verdadera sal de los dichos andaluces lo que la moneda falsa al oro y la plata. Una de las gracias *obligadas* de tales comedias es la introduccion de un extranjero que no entiende,—¿y cómo lo ha de entender? aquel language de presidiarios, y á quien todos escarnecen, roban y apalean porque es *mosiù* ó porque es *milor*. Una vez pueden hacer reir semejantes chocarrerías; pero dos, veinte, ciento! ¿Y es posible que á esto y á echar mentirones disparatados, y á ponderar sin gracia, á tirar de la navaja por cualquier niñería, y á beber *mansanilla* y á bailar el bolero, se reducen todos los recursos dramáticos de las tales piezas andaluzas? ¿Nada mas ven sus autores en la vida del pueblo andaluz que pendencias y amancebamientos, bromas pesadas, y un continuado desprecio de todas las leyes divinas y humanas?—Mucho ha degenerado eso que se llama el género andaluz desde que se inauguró en Madrid con aquella saladísima *Flor de la canela*, en que el actor Dardalla estaba inimitable y que todos aplaudimos con entusiasmo, por su novedad, por sus chistes de buena ley y por su desempeño excelente. Creiamos que á aquel cuadrito de costumbres seguirian otros, no ya de una sencillez en primitiva, algo menos desnudos de accion y de interés,—y aun llegamos á ver formarse á favor de la pública aceptación que halló aquel ensayo, un género de piecitas cómicas, popular, pero literario, divertido, pero decente, que fuese como un término medio entre nuestros antiguos sainetes y los *vaudevilles* franceses. Para eso contaba el teatro del Instituto con todos los elementos necesarios: no era posible hallar para ese género actores mas á propósito que Dardalla, Guerrero, Pardo, la señora Revilla y otros cuyos nombres no recordamos ahora: pero le faltó lo principal, piezas que representar. A la *Flor de la canela* siguió un turbion de *andaluzadas*, todas, con rarísimas escepciones, mas triviales y mas tontas las unas que las otras.—Y así seguimos, y el mal va cundiendo en términos que ya no solo á las piezas andaluzas, sino á las demas se estiende el furor de hablar en *caló* y de rendir un culto reverente al vino y á la navaja.»

## Miscelánea.

LA ROSA DE ORO.—En Nápoles ha habido recientemente una ceremonia rara renovada del tiempo de la edad media: ha sido la presentacion de la *Rosa de oro* á la reina de parte del Soberano Pontífice. Esta costumbre que data del siglo XI, bajo el pontificado de Leon IX, tenia por objeto rendir homenaje con poco gasto á las princesas cristianas, que enviaban al Papa en cambio ricos presentes. El *Giornale di Roma* habla de la ceremonia en estos términos:

«El 1.º de setiembre ha tonido lugar en la capilla del rey de Nápoles la ceremonia de la *Rosa de oro* que Su Santidad hizo ofrecer á la reina, cuya hija princesa María de las gracias Pias, habia sacado de pila. Hé aquí las palabras pronunciadas por Monseñor Stella, encargado de cumplir la augusta ceremonia despues del divino sacrificio:

«Toma de nuestras manos esta rosa que te presentamos de parte del muy Santo Padre nuestro señor Pio IX, Papa por la gracia de Dios. Representa el júbilo de las dos Jerusalem, es decir, de la iglesia guerrera y triunfante, y que espresa por su hermosura la alegría de todos los santos. Acéptela su Magestad. Es, segun el siglo, noble, poderosa y adornada con muchas virtudes. Que el Cristo nuestro Señor la ennoblezca siempre mas y adorne con nuevas virtudes. Que sea semejante á la rosa que florece en las orillas de los abundantes arroyos y quiera Dios que obtengas la gracia y la clemencia del que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amen.»